

el político, ideador de formas orgánicas capaces de ahogar en el continente la ambición y de enfrenar la anarquía. Es ya, ante todo, el profeta, el creador, el precursor activo de cuantas concepciones y planes desenvuélvense de presente, sublimados y auspiciados por todas las potencias y los prestigios del mundo.

El fué el primero en proclamar el principio de arbitraje internacional; el primero que habló y trabajó por el pan-americanismo; el primero que inició y procuró el establecimiento de un tribunal internacional, el primero que, en fin, planteó la creación de ese areópago mundial, hoy denominado Liga de las Naciones.

Consideremos el terreno, el ambiente y el instante, y sopesemos la magnitud de tales concepciones.

Mientras éstas lleguen a ser hechos tangibles e irrevocables, es lo cierto que la liberación y democratización de esta mitad del planeta ha regenerado el espíritu de la humanidad; ha equilibrado el orbe, como bien se ha dicho.

La América ha devuelto sus ejemplos de libertad y estímulos de dignidad soberana, el bien que le trajeron sus civilizadores. Por ella no se habla ya de reyes absolutos, sino de naciones que se pertenecen y gobiernan a sí mismas; ya no de familias autócratas y dinastías de derecho divino, sino de príncipes constitucionales y magistrados responsables y amovibles; evolución política universal, surgentes de las aguas frescas y puras de la revolución americana. Y esa revolución fué en su mayor parte, acto de Bolívar. La democracia hierve, triunfa y se impone por todas partes. El mundo se democratiza. El colosal imperio militar germano es hoy una república. Lo son muchos pueblos más, exaltados a la vida y a la luz, del duelo inmenso últimamente empeñado entre el pasado y el porvenir. Hasta la Rusia esclava y tenebrosa, sacudida por un cataclismo de renovación, saldrá pronto de la embriaguez del bolsheviquismo, para retrogradar y detenerse en el justo medio de las evoluciones supersticiosas. Esa América que Humboldt profetizó como hogar futuro del género humano, atrae sobre sí las miradas de la Tierra, y vierte sobre ésta calor de esperanza, auroras de redención, una nueva vida. Dijo un esclarecido español que la emancipación americana había sido el hecho más gigantesco del siglo XIX. Hay que decir que ese hecho es el más gigantesco de la historia. Por serlo, Bolívar y su émulo de gloria, el yapeyano insigne, son los superhombres del género humano.

El Perú pagó ya, desde 1856, su deuda de gratitud para con el extraordinario caraqueño, levantándole esta estatua cuyos moldes han servido para

vaciarse otras muchas erigidas al excelso prócer.

Cinco días ha, pagamos deuda igual al Libertador de Chile, al iniciador de la libertad del Perú.

Pero no basta. El monumento ma-

yor, único verdaderamente digno de uno y otro genios debe, como en un santuario, levantarse en nuestros cerebros y en nuestros corazones.

He dicho.

(El Comercio. Lima).

En el Genio Latino

POR NAPOLEON PACHECO

Ciudadanos de la Confederación de Centro América:

Comienzo mis palabras llamándoos ciudadanos de la Confederación de Centro América, porque en ella creo y en ella encuentro el único sentido de nuestra vida política y espiritual. ¿Y qué más noble título para los hombres que buscan una orientación dentro del progreso del mundo? No quiero ni aun sospechar que me dirijo a ciudadanos que piensan fuera del valor de la unidad política, fuera de la unidad cultural de pueblos que viven unas mismas tradiciones, una misma religión, una misma lengua. Más altos fueron los pueblos que como los nuestros encontraron el significado de la civilización en los senderos de la unidad, que es el bien que impone la inteligencia; más altos fueron los pueblos que determinaron los senderos de la civilización en el secreto de lo más íntimo de su vida. Pero somos pueblos nuevos, pueblos que no tenemos sino una centuria de vida libre, que conocemos apenas el secreto de la organización en la cual vivimos sin sentir el inmenso beneficio de una existencia llena de verdaderas tradiciones espirituales, como todas las naciones que más dichosas que la nuestra, tuvieron la fortuna de extender sus poderes internos hacia un conjunto de altos resultados humanos.

Hacia ello tendemos nuestras energías, nuestro espíritu, que se ensayaron en cien años de vida libre para construir una corriente propia de principios nacionales, en una palabra, para

Los que llegan

Misión

NUESTRO corazón debe ser como una copa desbordante de vino generoso, donde las bocas sedientas apuren el líquido que apague su sed; nuestra alma debe ser como una ánfora llena de esencias, que impregna las manos que la toquen; y, así iremos por el mundo, apagando bocas sedientas y aromatizando manos amigas...

CARLOS M^a QUESADA

Octubre, 1921.

construir, en el significado que le dieron los griegos a este término, una patria. No tenemos qué ofrecer de grande a la consideración imperante de grandes civilizaciones, no tenemos un verdadero adelanto material; aun nuestra propia población es débil, nuestras vías de comunicación son escasas: el milagro de grandes redes de ferrocarriles que unan las cinco repúblicas del istmo no ofrecen sus graciosas ondulaciones, y no hundan la tranquilidad de nuestros mares, barcos que independicen la civilización que se forma en aquellas latitudes. Pero en cambio cuántas posibilidades, cuántas esperanzas, en estas ricas tierras centroamericanas, que supieron de los encantos de una admirable situación geográfica en el mundo: cuántas esperanzas que irán de ir llenando de realidades vigorosas el seno de nuestra vida; cuántas posibilidades espirituales, que las vemos palpables en la juventud que se forma en todos los vientos de la civilización, en el actual momento histórico del mundo. ¿Olvidasteis siquiera por un momento, señores, olvidasteis siquiera por un momento que fué en estas tierras tropicales en donde nació el más dulce poeta de habla castellana de los últimos tiempos? Aun no se han borrado de nuestra memoria los graciosos ritmos del divino Rubén que nos supieron a la más exquisita época de Manrique, de Garcilaso y, anteriormente, del maestro don Gonzalo de Berceo... ¿Y quién le dió a la prosa castellana ese encanto como de encaje, como de sutileza que apenas se sospecha si no fué el sonriente cronista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo? Y todos llevaron el secreto de la latitud, todos sintieron la iniciación de la gracia, que una vez se cristalizó en las líneas impecables del Partenón y después, en galeras empurpuradas, desplegó sus velas sobre las ondas azules del Mediterráneo, tendiendo sus energías constructivas sobre las alas de Roma para descansar luego en la alegre ciudad de las colinas... Porque esa es nuestra tradición, ilustres hijos de América, que hoy venimos, en la capital del genio latino, y a la sombra protectora de este monumento, a celebrar el centenario de la independencia